

AMOR DE PRÍNCIPE

Oscar Orlando Díaz



SEGUNDO PUESTO

Un príncipe soltero y bien parecido pasaba sus días pensando cómo iba a ser el amor de su vida. Aquel príncipe se caracterizaba por ser romántico y soñador, pero sabía disimular muy bien esos defectos ante sus súbditos mostrándose malhumorado. Pasó que por casualidad, en un día de los que no prometen nada más allá de la rutina, el príncipe se encontraba aburrido y decidió ponerse a leer. En el periódico encontró una historia que lo hizo llorar. La historia hablaba de un príncipe de un reino vecino que, por hechizo de una bruja, fue convertido en sapo, pero una princesa lo besó y lo convirtió nuevamente en príncipe, se casaron y vivieron felices.



“¡Eso es! –pensó el príncipe–. Si una malvada bruja convirtió a un príncipe en sapo, es probable que también princesas hayan sido convertidas en ranas, víctimas del hechizo”. Así, aquel príncipe empezó a pasear todos los días por ríos y estanques buscando ranas, pero no tuvo mucha suerte, hasta que se enteró de que estos anfibios salen en las noches a cazar insectos. El príncipe ideó una estrategia: cazar insectos en el día para atraer a ranas en las noches. Claro está que estas actividades las hacía a espaldas del reino, pues si todo el mundo se enteraba de sus andanzas, lo más probable era que no lo coronaran como rey.

Las primeras noches no tuvo mucho éxito, a pesar de llevarse puñadas de insectos para atraer a las ranas. El joven príncipe buscaba el amor de su vida en



estanques, ríos, arroyos y fuentes. Por ahí debía estar el amor observándolo desde el manto de la noche y él lo iba a encontrar. Después de un tiempo, el príncipe aprendió a moverse en la noche y a prescindir de su lámpara.

En la noche de un miércoles apareció ella, la primera ranita. Él se movió sigilosamente para no asustarla. La ranita no se inmutó con su presencia, así que él se le puso en frente y la saludó como todo un caballero:

–Hola. Buenas noches.

La rana no dijo nada.

“Tal vez sea una chica tímida”, pensó. Así que continuó hablando:

–Mira, yo soy el príncipe de este reino. Para mí es todo un honor estar hablando contigo. Seguramente, te preguntarás por qué estoy aquí. Estoy en este lugar porque leí que en un reino



vecino convirtieron a un príncipe en sapo y una princesa lo besó y lo convirtió de nuevo en príncipe. Por eso pienso que tal vez una hermosa princesa está albergada bajo ese cuerpo de rana fea (¡sin ofender!)

–Cróac, cróac.

–¿Y eso qué significa?

–Cróac, cróac, cróac.

–Perdón, princesa, pero no logro comprender tu idioma. Princesa, ¿tú me permitirías un beso, uno pequeño, para ver si yo puedo vencer el hechizo y liberarte del cuerpo de rana?

–Cróac, cróac.

–Bueno, lo tomare como un sí.

Él humedeció sus labios, tomó a la rana con cuidado, y los labios del príncipe y los labios de la rana se acercaron en un tierno pero sencillo beso. Él dejó a la rana encima de una roca esperando



que saltaran chispas, luces y apareciera la princesa de sus sueños.

—Cróac, cróac, cróac.

Eso fue lo único que oyó. La rana se alejó y él quedó solo esa noche, pero comprendió que todo era cuestión de ensayo y error. Además, nadie dijo que era una tarea fácil encontrar el amor de la vida.

Todas las noches el príncipe salía a buscar y buscar. Encontró muchas ranas en el bosque, más de las que imaginaba. Se presentaba a cada rana que encontraba, les ofrecía un par de insectos, les decía palabras bonitas como “¡qué lindos ojos tienes! ¡Tu color de piel hace que las pinturas de los artistas más grandes lloren de envidia!” Incluso les leía poemas de amor y por último siempre las besaba. Con el pasar del tiempo, el príncipe se convirtió en todo un ex-



perto en el arte de seducir y besar ranas. Pero por más que besaba a cientos de ranas no podía encontrar a la princesa hechizada que tanto buscaba.

Un día en que ya estaba sin fuerzas, el príncipe se disponía a regresar al castillo, pero encontró una rana saliendo de una charca. Él, como ya tenía experiencia en cuanto a seducción de ranas, empezó a acercarse y con voz varonil se presentó:

–Hola, soy el príncipe.

A la rana parecía importarle poco el título de príncipe y sólo miraba distraída la luna.

El príncipe continuó:

–¿Es bella, verdad? La luna llena...
¡Qué hermosa es!

La rana prestó atención un instante y el príncipe, al notar el repentino interés de la rana por el tema de la luna llena, siguió hablando:



–La luna me recuerda cómo debe ser el amor de tu vida. Imagina por un instante que en el cielo todas las luces que vemos son las distintas posibilidades de amor. Muy seguramente en el universo hay millones de estrellas, probablemente más grandes y más hermosas que la luna que vemos esta noche, pero el valor de nuestra luna no reside en su belleza ni en su tamaño. El valor de la luna reside en su cercanía a la tierra. Puede que existan otras lunas, más grandes, más hermosas, con mayor color, pero prefiero esta luna porque el amor se nutre más de lo constante que de lo fugaz. Prefiero esta luna que siempre ha estado ahí. La prefiero a un meteoro que, aunque más extraño y hermoso, sólo es un momento, sólo es un suspiro.

–Es muy lindo lo que dices, príncipe. Eres un gran soñador –habló la rana.



–Santo cielo, ¡puedes hablar! –exclamo el príncipe.

–No todas las ranas hablan como lo hacen los humanos. Yo solía ser antes una hermosa princesa y una hechicera me convirtió en rana.

–Si yo hubiera sabido que las princesas hechizadas y convertidas en ranas podían hablar, no hubiera besado a tantas ranas ni perdido tanto tiempo. ¡Gracias a Dios que por fin te he encontrado! –habló el príncipe entusiasmado–. Tan sólo dame un momento para besarte y acabar con este hechizo.

–¡No! ¡Te pido, por favor, por lo más sagrado, que no me beses! Quiero seguir siendo rana.

–¿Pero qué dices? –preguntó el asombrado príncipe.

–Ya no me interesa ser princesa. De hecho, nunca me gustó. Me parece una



vida falsa y vacía. Además, nunca me ha gustado tener que comportarme como la sociedad lo obliga. Recuerdo que cuando era princesa me privaban de todo tipo de gustos que no eran bien vistos por el pueblo. Para empezar, la corona me incomodaba y no permitía que yo llevara mi cabellera suelta como era mi preferencia. Me decían todo lo que tenía que hacer desde que me levantaba hasta que me acostaba y no me dejaban en paz ni un segundo. Me decían a cada instante: “las princesas no se sientan así, no comen con la mano, no se ríen a carcajadas, no caminan descalzas, no cantan si no es en público y sólo cantan canciones que agraden a las personas del reino”. En últimas, para mí era como si me dijeran que las princesas no tienen derecho a vivir. Cuando solía ser princesa, vivía



prisionera entre el lujo, la falsedad y la hipocresía. Mi forma de hablar, caminar y vestir tenía que estar aprobada por la corte, de lo contrario no podía salir en público. Nunca pude mencionar una idea que brotara de mi ser sin antes tener que consultar al mundo para hablar. Me gusta la libertad. En el reino yo no podía vagar por los bosques, caminar descalza u oler las flores vivas, pues recibía por montones flores, pero ya cortadas. ¿Y de qué me sirven las flores muertas? Siempre mi madre y mis nodrizas me solían decir: “esas cosas no las hace una princesa”. Ahora que soy una rana puedo salir a ver la luna en las noches cuantas veces quiera y disfruto del aire fresco del bosque y del dulce canto de los pájaros. Jamás he podido ser más libre que ahora que soy una rana. Ya no me importan el di-



nero, las joyas, la fama y el poder. Aquí soy amiga del bosque entero (a excepción de algunos animales algo presumidos). Lo mejor de todo es que aquí sí tengo amigas y amigos sinceros que muy poco les importa cómo luzco por fuera. Ellos me quieren por lo que llevo dentro y ya no me siento sola. Príncipe, valoro tu esfuerzo, pero me temo que yo no soy el amor de tu vida, y aunque lo fuera, preferiría mil veces seguir siendo rana que volver a esa sociedad mentecata y vanidosa.



Toc, toc, toc...

—¡Freeyk, abre de una vez esa maldita puerta!

—Ya voy, ama Morticia.

—En estos días una vieja bruja como yo ya no puede conseguir esclavos que sirvan para algo.



Toc, toc, toc...

-¡Que abras la puerta te digo, si no quieres que te convierta en ratón y te arroje al gato!

-Ya voy, ama, ya voy. Es que esta joroba no me deja caminar bien.

Pasaron unos minutos y regresó el jorobado sirviente donde su ama.

-¿Y? ¿Quién es? -preguntó la bruja.

-Mi señora, es un joven que dice ser un príncipe.

-¿Y qué es lo que quiere?

-Desea que lo conviertan en sapo.
¡Dice que paga lo que sea!

¿FIN?

ÓSCAR ORLANDO DÍAZ

Un buen cuento es como una buena canción: te transporta, te aísla y te pone a girar la órbita terrestre a una velocidad distinta. ¿Más lento o más rápido? Eso no lo sé muy bien. Creo que las dos.

A la literatura le debo mucho, especialmente a los cuentos. Cuando yo me encontraba triste, nostálgico, sin esperanza, encontraba fuerzas leyendo a Jairo Aníbal Niño, a Oscar Wilde, a Michael Ende o a Antón Chéjov, sólo por nombrar a algunos entre tantos otros ángeles que iluminaban mi camino con sus historias. Estoy tan agradecido con la literatura, que incluso llegué a vivir un año entero de ella. Cual si fuera una madre, la literatura me dio de comer muchas veces, y no sólo en sentido literal, sino que también alimentó algo más importante: mi alma.

Este cuento, "Amor de príncipe", nació una tarde, en Perú, en un hotel de menos de un dólar, feo y sucio. Pero precisamente ahí, en esos

lugares insospechados, nos visita la musa de la inspiración, te posee de tal forma que tú lo único que puedes hacer es sacar un cuaderno y escribir. Cuando menos te das cuenta, las horas han pasado y delante de ti hay un hijo, tu hijo literario, aquél que nació por la inspiración de pensar en la mujer amada, en mi caso Sonia, mi Dulcinea, mi pequeña sabiduría. Por eso este cuento está dedicado a ella, a la mujer que me devolvió la fe en el amor.

Escribir un cuento es lo menos que puedo hacer para pagarle a la literatura tantas cosas que me ha dado. Después de todo, fue gracias a ella que pude vivir un año entero viajando casi toda Suramérica. Fueron días y días caminando, hablando y contando cuentos por escuelas, colegios, bibliotecas, en algunos casos auditorios de centros culturales. Este cuento, al igual que todos mis cuentos, es una parte del pago que quiero hacerle a la literatura.

Finalmente, he notado que cuando se lee desaparece muy fácil algo que muchos llaman “realidad”. Lo que yo no sabía era que sucede lo mismo cuando se escribe. Por eso, a aque-

llos que gustan de leer, de soñar, de suspirar, en una época donde la palabra *AMOR* sale en los comerciales de televisión cada cinco minutos, les doy las gracias por leer mi historia. ¿Mía? Tal vez no tanto. Ahora que se ha publicado, esta historia pertenece a todos.

